

DE las dos Doctrinas Monroe, la segunda es, sin duda, más agradable que la primera; si ésta se caracteriza por su unilateralidad, aquélla peca por exceso de aristas. Ambas, sin embargo, poseen un denominador común: el no poder referirse a ellas sin grosería. Bastando el botón tradicional (Doctrina Número 2 a la palestra) nos referimos a *Los caballeros las prefieren rubias*. Y a su problema complementario: lo erótico en el cine.

A los pocos días de estrenada la cinta de la señorita Monroe, el Cine Club del Instituto Francés exhibió una película clásica del género: *Extasis*, con la entonces fresca, palpitante Heddy Kiesler, a quien aún no habían bautizado Lamarr, ni lanzado por sendas bíblicas, los magnates del colosalismo californiano. La obra, según la vara del Código Hays, merecería la condena: la estrella aparece desnuda, una de las escenas climáticas es el acto sexual. Sin embargo, *Extasis* no es una película pornográfica, y *Gentleman prefer Blondes*, donde no tienen cabida estas impurezas, puede calificarse de tal. ¿Cuál será, entonces, el canon medidor que declare a una película, blanca, y a la otra, *non sancta*?

Extasis pudo haber sido firmada por D. H. Lawrence. Aparte el tema, clásico del barbado autor de *Lady Chatterley*, la película está impregnada de aquel sentido vital, aparentemente físico, y en el fondo, ético, que califica el erotismo de Lawrence. La protagonista de *Extasis*, como Lawrence, parece intuir que el centro de la conciencia se halla en el plexo solar; casada con un viejo impotente, su sangre clama, solicita amor, y al encontrarlo en el equivalente de un guardabosque laurenciano, lo envuelve en un extraordinario lirismo, lo convierte en el símbolo de su limpieza, como la castidad lo fué de su impureza. Estamos frente a la sexualidad en escala épica, sinónimo absoluto de vida. "Antes que nada", escribe Lawrence en *Apocalypse*, "el hombre quiere su realización física; el magnífico aquí y ahora de la vida en la carne es nuestro, y sólo nuestro, y nuestro sólo por un momento. Debiéramos danzar con frenesí al estar vivos y en la carne, y ser parte del cosmos vivo encarnado". Lawrence ha pasado de la literatura a la afirmación ética, a través de un sentido primitivo, perenne y mítico: como en la obra del novelista, en *Extasis* lo es el anhelo de maternidad. Mito en primera instancia, capaz tan sólo de justificar una conducta; pero ya, en Lawrence y en *Extasis*, moral capaz, también, de dirigirla.

EL CINE

Por Carlos FUENTES

Empero, a veces se pregunta el espectador si Lawrence, y *Extasis*, y otras expresiones del erotismo germánico, no están jugando al pagano, divirtiéndose a costillas del puritanismo ambiente, o, simplemente, y en el peor de los casos —cine suc— siendo tan primaveralmente sexuales, que el serlo parece inconsciente, y por tanto, inhumano.

Otro es el caso del cine francés. Si en los ejemplos anterior-

que de la autenticidad. Si Aldous Huxley, al tratar temas sexuales con aparente desenfado y ostentoso cinismo en realidad revela una elaborada oposición a una sociedad que los considera tabú, Stendhal hace del amor, y de la mujer, fuerza motriz del poeta, centro de su mundo. Y si la gratitud es adorno cristiano, "no existe mujer leal" —habla una autoridad en la materia, Jacobo Casanova—"que un hombre no esté seguro



Marilyn —sola— en el lecho...

res el enfoque erótico revela algo de la falsedad de un retorno a la naturaleza, aquí lo sexual juega un papel humanizante —señala Malraux que, en Francia, el sexualismo se opone a otras pasiones, entre ellas la vanidad—, civilizador, cristiano por vital, o viceversa. Si en caldos protestantes lo erótico es secreto y vergonzante, en clima latino puede ser la piedra de to-

de conquistar a fuerza de imponerle gratitud". *La Ronda*, ¿nos dice otra cosa?

Pero lo erótico, como lo cinematográfico, pueden conducir a la lucidez o al estupor. A lo primero, Proust y Stendhal, *Brief Encounter* y *Le diable au corps*; a lo segundo, el Informe Kinsey y *Los caballeros las prefieren rubias*.

Con admirable sentido del

contrapunto, el camarógrafo de *Gentlemen prefer Blondes*, contando con la inverosímil presencia de Jane Russell y Marilyn Monroe, enfoca con ecuanime alternancia el tórax de la morena y el *derrière* de la rubia. Y este contrapunto es parte de un plan definido: Marilyn besando (¡esos labios eternamente húmedos!), Marilyn sentada en el regazo de un millonario, Marilyn en proceso de frotar la nariz con la de su novio, Marilyn girando la cadera, Marilyn con trajes burladores de Newton, Marilyn con la boca semicerrada y los ojos entreabiertos, Marilyn —sola— en el lecho, Marilyn y sus andares neumáticos, Marilyn bostezando, Marilyn estirando los brazos con dulce lentitud, acaba, mediante un sutil proceso cumulativo, por darnos la imagen unitaria, a base de reunir poses aisladas, de Marilyn en situación por demás comprometida. La sutileza va más lejos: como en la película no hay galanes, el espectador, sin competencia alguna, terminará colocándose a lado de Marilyn, en una especie de posesión cinematográfica, continua, pública, pacífica y de mala fe. Llegado el momento de la integración mental —ampliamente subrayada por los aullidos del *zoon cinematographykon* que en crecidos números concurría a la sala de exhibiciones—, ¿cómo anhelamos la pudorosa imagen de Heddy Lamarr, en santa desnudez, corriendo por los bosques!

Un sexualismo cutáneo, nylon, sin dimensión humana, permea *Los caballeros las prefieren rubias*, reflejo de una eroticidad, precisamente, de sala cinematográfica, de "necking" y "petting". Hemos descendido de Stendhal a Kinsey, del amor creativo al pegajoso de pop-corn. Y como si el estar físico de las vedettes Monroe y Russell no fuera suficiente y notorio, el diálogo de la cinta se pone al servicio de los atributos, frondosos, de ambas damas. Parlamento típico.

Atleta I: Si el barco se hundiera, ¿a cuál de las dos chicas salvarías?

Atleta II: No seas tonto. Estas muchachas no pueden ahogarse.

Y falta solamente una sustitución —oh Baudelaire— de *Que m'importe que tu sois sage!*

Sois belle! et sois triste! por "*Sois belle! et sois sote!*", digna sublimación de la filosofía monroviiana: Los diamantes son los mejores amigos de la mujer.

Pero *finis*. Que en amor, es menos importante lo que se sabe, que lo que se deja de saber.

SIEMPRE  ADELANTE

Delher, S.A.

INSURGENTES 207 BUCARELI Y GENERAL PRIM. ARTICULO 123 No. 62